

Miguel de Unamuno. Cuento.

Salamanca, abril de 1909.

<< [...] Entre los romeros va Maquetas. Marcha sudoroso y apresurado, mirando no más que al camino que tiene ante los ojos y al castillo de cuando en cuando. Va cantando una vieja canción arrastrada que en la infancia aprendió de su abuela, y la canta para no oír el rumor agorero del torrente que corre invisible en el fondo de la sima.

Al llegar a uno de los reposaderos, una doncella que está en él, sentada sobre un cuadro de césped le llama.

- Maquetas, párate un poco y ven acá. Ven acá, a descansar a mi lado, de espaldas al abismo [...]
- No puedo, muchacha -le contesta Maquetas, amenguando su marcha, pero sin cortarla del todo-, no puedo; el castillo está aún lejos, y tengo que llegar a él antes de que el sol se ponga tras de sus torreones.[...]
- Pues párate un poco y descansa. Aquí tienes el césped por lecho, mi regazo por almohada. ¿Qué más quieres? Vamos, párate.

Y le abrió los brazos ofreciéndole el seno. [...]

- ¿Qué es eso que cantas, muchacha?
- No soy yo, es el agua que corre ahí abajo, a nuestra espalda.
- ¿Y qué es eso que canta?
- Canta la canción del eterno descanso. Pero ahora descansa tú.
- ¿No dices que es eterno?
- Ese que canta el torrente de la sima, sí; pero tú descansa.
- Y luego...
- Descansa, Maquetas, y no digas <<luego>>.

La muchacha le da con sus labios un beso; siente Maquetas que el beso, derretido, se le derrama por el cuerpo todo, y con él su dulzura, como si el cielo todo se vertiera encima. Pierde el sentido. Cuando despierta y abre los ojos ve el cielo de la tarde.

- ¡Ay, muchacha, que tarde es! Ya no voy a tener tiempo de llegar al castillo. Déjame, déjame.
- Bueno, vete; que Dios te guíe y te acompañe; y no te olvides de mí, Maquetas.
- Dame un beso más.
- Tómallo, y que te sea fuerza. [...]

Y así, camina mucho tiempo, mucho tiempo. Y se dice:

- ¡Ay, aquella muchacha me engañó! ¿Por qué le hice caso?

El frío se hace horrible. Como una espada de mil filos, le penetra por todas partes. Maquetas no siente ya el contacto con el suelo, no siente sus propias manos, ni sus pies; está arrecido. Se para. O, mejor, no sabe si está parado o sigue andando a gatas.

Se sentía Maquetas, suspendido en medio de las tinieblas; negrura en todo alrededor. No oye más que el rumor incesante de las aguas del abismo.

- Voy a llamar – se dice Maquetas; y hace esfuerzo de dar la voz. Pero no se oye; la voz no le sale del pecho. Es como si se hubiese helado.

Entonces Maquetas piensa:

- ¿Estaré muerto?

Y al ocurrírsele esto, siente como que las tinieblas y el frío se sueldan y eternizan en torno de él.

<< ¿Será esto la muerte? - prosigue pensando Maquetas - ¿Tendré que vivir en adelante así, de pensamiento puro, de recuerdo? ¿Y el castillo? ¿Y el abismo? ¿Qué dicen estas aguas? ¡Qué sueño, qué enorme sueño! ¡Y no poder dormirme...! ¡Morir así, de sueño, poco a poco y sin cesar, y no poder dormirme...! Y ahora, ¿qué voy a hacer? ¿Qué haré mañana?

¿Mañana? ¿Qué es esto de mañana? ¿Qué quiere decir mañana? ¿Qué idea es esta de mañana que viene del fondo de las tinieblas, de donde cantan esas aguas? ¡Mañana! ¡Ya no hay para mi mañana! Todo es ahora, todo es negrura y frío. Hasta este canto de las aguas eternas parece canto de hielo; es una sola nota prolongada.

¿Pero es que realmente me he muerto? ¡Cuánto tarda en amanecer! Pero ni sé el tiempo que ha pasado desde que el sol se puso tras los torreones del castillo...

Había hace tiempo – sigue pensando – un hombre que se llamaba Maquetas, gran caminante que iba por jornadas a un castillo donde le esperaba una buena comida junto al fogón, y después de la comida, un buen lecho de descanso, y en el lecho, una buena compañera. Y allí, en el castillo, había de vivir días inacabables, oyendo historias sin término, solazándose con la mujer, en una juventud perpetua. Y esos sus días habrían de ser todos iguales y todos tranquilos. Y según pasaran, el olvido iría cayendo sobre ellos. Y todos aquellos días serían así un solo día entero, un mismo día eternamente renovado, un hoy perpetuo rebosante de todo un infinito de ayeres y de todo un infinito de mañanas.

Y aquel Maquetas creía que eso era la vida, y echó a andar por su camino. E iba deteniéndose en las posadas, donde dormía, y al salir de nuevo el sol reanudaba él de nuevo el camino. Y una vez, al salir una mañana de una posada, se encontró a un anciano mendigo que estaba sentado sobre un tronco de árbol, a la puerta, y le dijo: " Maquetas, ¿qué sentido tienen las cosas?" Y aquel

Maquetas le respondió, encogiéndose de hombros: "¿Y a mí qué me importa?" Y el anciano mendigo volvió a decirle: " Maquetas, ¿qué quiere decir este camino?" Y aquel Maquetas le respondió, ya algo enojado: "¿Y para qué me preguntas a mí lo que quiere decir el camino? ¿Lo sé yo acaso? ¿Lo sabe alguien? ¿O es que el camino quiere decir algo? ¡Déjame en paz, y quédate con Dios !" Y el anciano mendigo frunció las cejas y sonrió tristemente, mirando al suelo.

Y aquel Maquetas llegó luego a una región muy escabrosa y tuvo que atravesar una fiera serranía, por un sendero escarpado y cortado a pico sobre una sima en cuyo fondo cantaban las aguas de un torrente invisible. Y allí divisó a lo lejos el castillo adonde había que llegar antes de que se pusiese el sol, y al divisarlo le saltó de gozo el corazón en el pecho, y apresuró la marcha. Pero una muchacha, linda como un fantasma, le obligó a que se detuviera a descansar un rato sobre el césped, apoyando en su regazo la cabeza, y aquel Maquetas se detuvo. Y luego, al despedirse, le dio la muchacha un beso, el beso de la muerte, y al poco de ponerse el sol tras los torreones del castillo, aquel Maquetas se vio cercado por el frío y la oscuridad, y la oscuridad y el frío fueron espesándose y se fundieron en uno. Y se hizo un silencio del que solo se libertaba el canto aquel de las aguas eternas del abismo, porque allí, en la vida, los sonidos, las voces, los cantos surgían en un vago rumoreo, de una bruma sonora; pero aquí este canto manaba del profundo silencio, del silencio de la oscuridad y del frío, del silencio de la muerte.

¿De la muerte? De la muerte, sí, porque aquél Maquetas, el esforzado caminante, se murió.

¡Qué lindo es el cuento y qué triste! Es más lindo, mucho más lindo, más triste, mucho más triste que aquella vieja canción que me enseñó mi abuela. A ver, a ver, voy a repetírmelo otra vez...

Había hace tiempo un hombre que se llamaba Maquetas, gran caminante, que iba por jornadas a un castillo...>>

Y Maquetas se repitió una, y otra, y otra, y otra vez el cuento de aquel Maquetas, y siguió repitiéndoselo, y así seguirá en tanto que sigan cantando las aguas del invisible torrente de la sima, y estas aguas cantarán siempre, siempre, siempre sin ayer y sin mañana siempre, siempre, siempre..."

Comentario filosófico sobre el cuento de Unamuno (Salamanca, abril de 1909)

El cuento de Miguel de Unamuno presenta, bajo la forma de una narración aparentemente sencilla, una profunda meditación sobre la existencia humana, el tiempo y la muerte. El protagonista, Maquetas, es una figura simbólica: representa al ser humano en su condición de peregrino, siempre en camino hacia una meta que da sentido a su vida, en este caso, el castillo. El castillo es una metáfora de la plenitud anhelada, de la inmortalidad deseada o, tal vez, del cumplimiento último del ser.

1. El camino como símbolo de la vida

Desde el comienzo, Maquetas se nos muestra “sudoroso y apresurado”, con la vista fija en el camino y en el castillo lejano. No se distrae, no se desvía, y sin embargo, a lo largo de su trayecto surgen tentaciones que lo invitan a descansar, a perder de vista su objetivo. La muchacha que le ofrece su regazo no es solo un descanso físico, sino la irrupción de un deseo profundo de reposo, sensualidad y olvido. Este episodio revela la tensión existencial entre el impulso vital hacia una meta trascendente y las fuerzas que lo detienen, que lo llaman a la inmanencia, al goce del instante.

El relato remite, así, a la tradición filosófica que ve la vida como camino: desde el **homo viator** de Gabriel Marcel hasta la imagen del “camino” en Kierkegaard. La vida no se concibe como un simple estar, sino como un ir siendo, un tránsito donde cada paso es ya una decisión.

2. La muerte como experiencia de conciencia

Cuando Maquetas reanuda el camino tras el beso de la muchacha, experimenta una transformación: el frío y la oscuridad lo envuelven, el contacto con el suelo desaparece, su voz se congela. Estas sensaciones son la metáfora de la muerte, entendida no como aniquilación inmediata, sino como proceso de pérdida progresiva de la corporeidad y de la conexión con el mundo.

Unamuno no presenta la muerte como simple final, sino como una situación límite en la que surge la pregunta: “¿Estaré muerto?”. Es el instante en que el ser humano, despojado de todo, se enfrenta consigo mismo como pura conciencia. En esa oscuridad y frialdad sin mañana, el protagonista se percibe reducido a pensamiento puro, a recuerdo de lo que fue, condenado a una eternidad sin tiempo. Esto evoca la angustia de la inmortalidad que Unamuno aborda en **Del sentimiento trágico de la vida**: el anhelo de no morir se mezcla con el horror a una existencia sin fin, sin sentido.

3. El tiempo y la eternidad

Uno de los aspectos más filosóficos del cuento es su reflexión sobre el tiempo. Maquetas, en medio de las tinieblas, se pregunta qué es “mañana”, cuestionando la misma idea de futuro. En la muerte, parece descubrir que no hay sucesión temporal: no hay ayer ni mañana, solo un presente eterno, un ahora que se prolonga indefinidamente. Esta vivencia del tiempo eterno como negrura y frío, como silencio que no cambia, transforma el sueño de eternidad en pesadilla.

A su vez, el relato se cierra con un giro: Maquetas, ahora convertido en recuerdo de sí mismo, se cuenta una y otra vez su propia historia, en un bucle infinito. Esto introduce una concepción cíclica de la existencia, donde el relato es la única forma de permanencia. La memoria se vuelve refugio, pero también condena, porque el héroe queda atrapado repitiéndose, igual que el canto del torrente que nunca cesa.

4. El sentido de la vida y la confrontación con el absurdo

La escena con el anciano mendigo introduce explícitamente el problema filosófico del sentido: “¿Qué quiere decir este camino?”. La respuesta de Maquetas –“¿Lo sé yo acaso? ¿Lo sabe alguien?”– revela una postura de indiferencia, o más bien de evasión frente al misterio. Sin embargo, la vida misma lo lleva a confrontar esa pregunta que quiso evitar. La muerte, el frío y el silencio lo obligan a cuestionar lo que no quiso pensar en vida.

Aquí Unamuno se acerca al existencialismo: la vida no ofrece un sentido dado, sino que el ser humano debe enfrentarse al absurdo, a la falta de respuesta. Y aun así, la narración misma sugiere que en el acto de caminar, de contarse a sí mismo su historia, hay una forma de sentido: vivir es avanzar, aunque no sepamos hacia dónde.

Conclusión

El cuento de Unamuno es una parábola sobre la condición humana: caminar hacia una meta incierta, tentados por el descanso, perseguidos por el miedo a la muerte, buscando sentido en medio del absurdo. Maquetas encarna al hombre trágico, consciente de su finitud, pero incapaz de renunciar a la esperanza del castillo. Su condena es, paradójicamente, la inmortalidad de la memoria: repetirse

para siempre, como el canto de las aguas eternas.

En última instancia, el relato plantea que el ser humano, aun frente a la muerte, se aferra a narrarse, a decir “yo fui”, “yo caminé”. Y quizás en esa narración infinita, en ese “siempre, siempre”, resida la única eternidad posible.